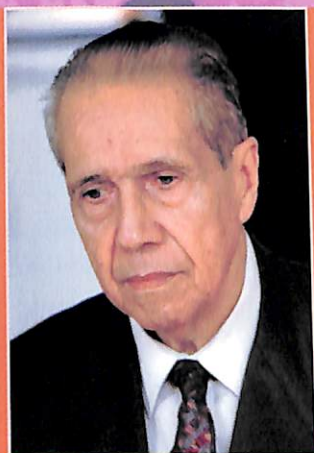


Víctor Villegas

**Don Mariano Lebrón Saviñón,
un hombre de
antorchas múltiples**



Serie Biografía

**B
N**

Don Mariano Lebrón Saviñón,
un hombre de antorchas múltiples

Víctor Villegas

Don Mariano Lebrón Saviñón,
un hombre de antorchas múltiples

928
L453

Don Mariano Lebrón Saviñón, un hombre de antorchas
múltiples/ Víctor Villegas. Santo Domingo,
Biblioteca Nacional Pedro Henríquez Ureña, 2002

35p.

ISBN 99934-31-19-2

(Colección Biblioteca Nacional Pedro Henríquez
Ureña, Volumen XIV, Serie Biografías y Semblanzas;
No. 3)

I. Semblanza de Mariano Lebrón Saviñón, 1992

S.C/BNPHU

Diagramación diseño de portada e impresión:

Editora Búho

ISBN 99934-31-19-2

Impreso en la República Dominicana

Printed in Dominican Republic

Don Mariano Lebrón Saviñón, un hombre de antorchas múltiples*

Un símil establecido con un verso del famoso “Cementerio Marino”, de Paul Valéry, me permite externar este sentimiento: admiro al hombre con antorchas múltiples. Sí, al de espejos infinitos desde donde se difunden, en las más altruistas de las transparencias, las vivencias del ser, esas conductas que sólo transmiten sentimientos de pura esencia y sabiduría desinteresada, aunque de poderosa fuerza, dirigida a la conciencia de los pueblos para el logro de su transformación y decoro, inestimables condiciones estas para hacerse sentir y respetar en el seno de las sociedades, tanto las de pretéritas épocas, como las que en estado perpetuo abren las puertas del porvenir.

Ningún país en la historia de la humanidad que haya conquistado un lugar de respeto y de reconocimiento a

* Prólogo a Mariano Lebrón Saviñón, *Santo Domingo en la vida de Martí y otros ensayos*. Santo Domingo, Biblioteca Nacional, 2000. Págs. 9-19 (Colección Biblioteca Nacional de la República Dominicana, Serie ensayos y monografías, No. 1)

su soberanía sobre la base de imponer, aún contra los deseos de grandes poderes, con rasgos identificatorios de sus esencias culturales su insobornable decisión de ser siempre libre, ha carecido, independientemente de sus hombres de acción en los espacios en que sus actuaciones han sido necesarias, de sobresalientes intelectuales que de manera individual o formando parte de generaciones, han pautado el camino a seguir luego de haber creado conciencia en el seno del pueblo con sus sabias y eficaces enseñanzas.

Los ejemplos sobre ese particular son incontables, desde las antiguas civilizaciones hasta el día de hoy. Recordemos de la Grecia luminosa los nombres de Esquilo, Sófocles, Sócrates, Platón, Aristóteles y Demóstenes, fundamentos de todo el pensamiento occidental, primero, en la Roma culturalmente conquistada por el helenismo, de Cicerón y Virgilio, y luego, en los comienzos y en la cristalización del Renacimiento, momento estelar de la humanidad cuando las inteligencias de Dante, Petrarca y Boccaccio. da Vinci, Donatello, Ariosto, Rabelais, Garcilaso de la Vega, Fray Luis de León, conmueven el espíritu y el pensamiento de aquellas etapas, posibilitando así una mayor cosmovisión del hombre, lo que permitió el ensanchamiento del mundo, con el Descubrimiento de América.

En ese orden, en la historia reciente de los países de lengua española, el prototipo del intelectual que se señala, el hombre abarcador de numerosos géneros filosóficos, literarios, científicos, etc., ha ejercido una gran influencia en la educación de sus ciudadanos, lo que

les ha permitido, mediante los órganos estatales y las instituciones cívicas, colocarse si no en la vanguardia, al menos, en los trayectos más expeditos para el logro de una vida más promisoriosa y menos desafortunada.

Mariano Picón Salas, figura cimera en Venezuela en ese aspecto cultural, como también lo fueran Andrés Bello, Guillermo Meneses, Rómulo Gallegos, Miguel Otero Silva, expresa, en el sentido indicado, en la obra *Viejos y nuevos mundos*, págs. 138 y 139, de Ed. Biblioteca Ayacucho, lo siguiente: "Sin la maestría de un Díaz Rodríguez, ni la fineza meditativa, risueña y tolerante de Pedro Emilio Colí, Rufino Blanco Fombona fue la figura más varia y completa del modernismo venezolano fue, por excelencia, el escritor cuyo incansable combate con la palabra escrita se prolongó en peripecia tan vasta como la de su vida, poblada de riesgos, desafío y azar polémico". Luego agrega: "De los tres grandes nombres de la generación del 95, la que en las propias páginas de la revista *El Cojo Ilustrado*, libró ruda cruzada contra sus predecesores académicos, Blanco Fombona era orgánicamente el hombre de pasión, como Díaz Rodríguez el esteta y Pedro Emilio el recatado y benévolo contemplador de los libros y las ideas. Con su fuerza viril, cargado de lo que tenía que decir, él se defendió también del "camafeo" y la "miniatura", a que a veces se redujo- es el caso de Zumeta- la voluntad estilística de muchos de sus coetáneos. Ninguno como él sintió la Literatura como oficio ferozmente amalgamado e inseparable de la propia función de vivir". "Su trabajo de escritor nunca se

interrumpe por el ocio diplomático, la sinecura oficial, los deleites y tentaciones de la vida fácil. Como extraño plenipotenciario de un linaje apasionado hasta la monstruosidad, venezolano hasta el delirio, juzgador de muertos y de vivos, haciendo de la historia y la tradición del país una especie de legado personal -como don Quijote con la caballería-, jamás cesó en su tarea crítica y reconstructiva, que se remonta tan lejos como su conquistador espacial del Siglo XVI y tan cerca como los corrosivos panfletos contra Juan Vicente Gómez.

Idénticas ilustraciones en el cielo total de América hispánica, en muchas ocasiones motorizadoras de conmociones sociales en busca de plenitudes de identidad y de disfrute absoluto de libertades, las personifican próceres de la talla de José Martí, mártir de Dos Ríos, maestro ayer y hoy, ejemplo de consagración a las más nobles causas de los pueblos, innovador literario; José Antonio Portuondo, autor de la obra *El heroísmo intelectual*, y el también cubano Fernando Ortiz, de reconocidos méritos internacionales; Domingo Faustino Sarmiento, quien tanto usaba el traje del destierro como el del soldado de la espada o de las letras; José Ingenieros, filósofo positivista de evidente pensamiento contrario al del alemán Arturo Schopenhauer; el gran colombiano Baldomero Sanín Canó, ensayista, crítico, humanista de vanguardia en la ingente tarea de cambiar el rostro de nuestros pueblos mediante la implantación de una cultura de dinamismo permanente, y su coterráneo de hoy, Gabriel García Márquez, símbolo y exponente de un presente y un futuro de grandes conquistas espirituales.

Cómo no evaluar con idénticas dimensiones a esa generación de positivistas que encabezó Eugenio María de Hostos, cuya escuela difundió en Chile y otros países; y que en el nuestro instaló uno de los más eficaces y adelantados métodos de enseñanza, destacándose entre sus miembros, los hermanos Henríquez y Carvajal, Salomé Ureña, los hermanos Henríquez Ureña, de los cuales Pedro llegó a convertirse en maestro de América con la colaboración de los insignes Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges, Vicente Lombardo Toledano y José Vasconcelos, entre otros, forjadores de las grandes reformas en la educación especial en México.

España, la España de siempre, activa e intransigente en su amplia y poderosa vestimenta, discreta y tímida en la hora de su reducida cintura, contradictoria no por escasez de miras sino por excesivo optimismo, muchas veces ilusorio, sube el telón de un escenario en cuyo fondo se ven arder los últimos vestigios de su presencia colonial en América, y en su espacio frontal los grandes actores del 98, los intelectuales que reaccionaron ante ese hecho histórico, al contemplar un país en ruinas, apegado a un sueño demasiado quijotesco en contraste con el adelanto de los demás países de Europa.

Son ellos, los intelectuales, los integrantes de su reconocida Generación del 98, designación negada por muchos de sus miembros y por distinguidos críticos españoles, en base al válido argumento de carecer de coetaneidad, pensamiento e ideología comunes, y semejanza en la expresión o el estilo, no obstante haber sido conmovidos por dicho fenómeno histórico de manera uná-

nime, y de haber reaccionado contra la literatura realista y naturalista que había dominado hasta ese momento, mediante formas nuevas aunque individuales. Ese instante trágico español fue acompañado, en sentido general, por el pesimismo, la contradicción, el sentimiento de incapacidad y paralización, y es esa sensación de vacío lo que provoca la reacción de Miguel de Unamuno, Ramón María del Valle Inclán, Azorín, Juan Ramón Jiménez, Pío Baroja, Ángel Ganivet, Antonio Machado, Jacinto Benavente, Menéndez Pidal, Ramiro de Maeztu, Maragall, y otros, verdadera pléyade de sabios desparada por toda España, hasta hoy no superada en su dimensión, pues la valiosa y trascendente Generación del 27 fue más reconocida por un nuevo lenguaje poético que por otras condiciones literarias o filosóficas.

Universalistas en su pensamiento, receptivos a las influencias, desde la del Siglo de Oro, el barroco, Rubén Darío y su modernismo, hasta Nietzsche, Balzac y Dostoievski, todos los miembros de la Generación del 98, salvo raras excepciones, crearon conciencia en su pueblo sobre todo para sentir el don de la libertad como uno de los más preciados derechos del hombre.

Nuestro Mariano Lebrón Saviñón, con sus antorchas múltiples, con mucho de las enseñanzas de los insignes antecesores de todas partes del mundo, pero también con mucho de sus propias lucubraciones y emociones, ocupa sin lugar a dudas un sitio tan elevado como el que más en el mundo del pensamiento y del arte literario, entendidos estos como centros de dinamismo y evolución de la cultura, aspiración máxima de los pueblos,

fundamento de su ubicación en la escala de valores a partir de los cuales el futuro se hace realidad y no promesas.

Dotado de cualidades excepcionales, inteligencia brillante, incansable lector, formado en el seno de una familia ejemplar, padre español y poeta, su camino hacia la España total, madre bondadosa y hermanos consagrados a la superación, su proyección desde muy joven, fue servirle a su país por medio del cultivo de la mente, y he aquí que si bien el ambiente nacional le ofrece las oportunidades para tan digna aspiración, éstas no son lo suficientemente amplias para permitirse una comprensión filosófica y pragmática del hombre, así como de su elevada función de colocar el espíritu por encima de todas las cosas y de todas las circunstancias.

Hereda y asimila en nuestra Patria. Vive, desde muy joven, su pasado histórico, penetra, muy hondo, en las enseñanzas de nuestros grandes hombres: Eugenio María de Hostos, los egresados de su escuela positivista, Salomé Ureña, los hermanos Henríquez y Carvajal; Max, Camila y Pedro Henríquez Ureña, Gastón Deligne, Andrés Avelino, Flérida de Nolasco, Domingo Moreno Jimenes, Pedro Troncoso Sánchez, Virgilio Díaz Ordóñez, Juan Bosch, Heriberto Pieter, Pedro Mir, Héctor Incháustegui Cabral, Manuel del Cabral, Pedro René Contín Aybar, quienes fueron los antecedentes inmediatos de la semi-generación activa de la cual fue él un connotado miembro, conocida con el sugestivo nombre de *La Poeta Sorprendida*, y que también integraban el erudito chileno Alberto Baeza Flores, los dominicanos Freddy Gattón Arce, Franklin Mieses Burgos, el también erudito,

humanista y poeta Antonio Fernández Spencer; y más adelante Manuel Rueda, artista, poeta, humanista, Aída Cartagena Portalatín. J. M. Glass Mejía, Manuel Valerio, Manuel Llanes y Rafael Américo Henríquez; movimiento que impulsó e innovó la poesía dominicana, no sólo con textos poéticos de vanguardia sino también mediante enjundiosos ensayos y críticas de obras de autores nacionales y extranjeros.

Es posible que la actividad literaria de Mariano Lebrón Saviñón, primero con Domingo Moreno Jimenes y Alberto Baeza Flores por medio de *Los Triálogos*, contentivos de los conceptos estéticos de cada uno de ellos, y después en *La Poesía Sorprendida*, haya sido su inicial gran experiencia como poeta y ensayista, pero al mismo tiempo significando su comprensión de ensanchar más sus conocimientos en otras áreas, como la filosofía, la estética, la historia general de la literatura, la Historia Universal, el detenido y razonado estudio de los clásicos y el Renacimiento, el de la medicina, en el cual ha descollado asimismo no sólo en su ejercicio como médico, sino como profesor universitario, ensayista y conferencista nacional e internacional, lo que le ha valido merecidos reconocimientos.

Resultado de tan excelentes dotes intelectuales y experiencias, son sus obras de temas diversos, como *Los Triálogos* (1943); *Sonámbulo sin sueño* (1944), poesía; las obras de teatro *Mirtha Primavera* y *Cuando el otoño riega las hojas*, publicadas en los *Cuadernos Dominicanos de Cultura* en 1944; *Luces del Trópico* (1949), conferencias; *Algunos aspectos de la cultura judía*, 1980, separata de estu-

dios histórico-bíblicos del pueblo judío, publicado en la revista *Aula*, de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña; *Historia de la cultura dominicana*, 5 volúmenes (1981-1982); *Tiempo en la tierra*, poesía (1982); y *Vuelta al ayer* (1997), poemas.

Una de las facetas de Mariano Lebrón Saviñón que más ha sido objeto de estudio por los críticos y ensayistas, es, sin dudas, su poesía publicada, si bien no tan extensa como la de otros renombrados poetas dominicanos, es de una calidad muy elevada, tanto en su aspecto esencial, el lirismo, como en la diversidad de formas en que nos la ofrece, aspecto este que lo destaca más entre las obras similares de sus compañeros de *La Poesía Sorprendida*, como las de otros de parcelas distintas, en virtud del sostenido uso de métricas clásicas, tales el endecasílabo, el soneto, el decasílabo, el alejandrino, el octosílabo, y mezclas de estos como el endecasílabo con hemistiquio de alejandrino, octosílabos, dodecasílabos, por ejemplo su poema *Motivos del mar*, por encima del verso libre, que fue más usual en la poesía dominicana a partir del postumismo que encabezó Domingo Moreno Jimenes. Poetas pertenecientes a *La Poesía Sorprendida* como Franklin Mieses Burgos y Manuel Rueda fueron cultivadores de la métrica señalada, pero en sus obras no encontramos las combinaciones que en un mismo poema realizaba Lebrón Saviñón.

Las señaladas características de la poesía de Lebrón Saviñón es lo que ha sustentado el criterio de que es de estilo neoclásico, y al efecto Alberto Baeza Flores, al analizar la razón del uso del soneto por Manuel Rueda para-

lamente al metro libre como lo había hecho en las ediciones de *La Poesía Sorprendida*, nos dice: “En el número IV, Mariano Lebrón Saviñón ofrece el soneto “Razón de mi verdad”. Es un poeta neoclásico muy modernizado, atento al aire cristalino de Alberti —del primer Alberti— y a la luz ardiente de García Lorca. En el número V, con los sonetos “Rui señor sin cristal”, reitera Mariano Lebrón Saviñón esta línea, pero el resto de los poetas del grupo continúa hacia una poesía de exploración libre, que en Rafael Américo Henríquez es una exploración dentro de las formas: (*La Poesía Dominicana en el siglo XX*, pág. 450, ed. 1986). En el mismo sentido Manuel Rueda expresa: “Impulsado por temperamento a los moldes clásicos, en especial a los del Siglo de Oro, influencia que le permitió encontrar acentos convincentes, Lebrón Saviñón pudo entusiasmarse, sin embargo, con una gama de posibilidades contradictorias, así lo vemos aparecer junto a Baeza Flores y Moreno Jimenes en los tres cuadernos de *Los Triálogos*, anticipación un tanto prematura de los cuadernos de *La Poesía Sorprendida* ya que el *Postumismo*, y con él su Patriarca, iban a ser acremente cuestionados por el nuevo movimiento” (*Prólogo a la obra Tiempo en la tierra*, poesía, de Lebrón Saviñón, pág. 5, ed. 1982).

Si bien es cierto el señalamiento de neoclasicismo del estilo de la poesía de Lebrón Saviñón que externan Baeza Flores y Rueda, no menos cierto es que en una gran parte de su producción poética el simbolismo y las concepciones del pensamiento clásico también afloran con mucha lucidez, como en este ejemplo: /“Y en mi

dicha final, en la agonía/ de mi solo morir que bien espero/ hablaré con el Dios de mi alegría/ En grato desespero con/ que yo hablo sin mí/ siempre que muero”, eco lejano de Santa Teresa de Jesús y Fray Luis de León, destacándose en el resto de su obra un tono romántico que en ocasiones deriva hacia el surrealismo, lo que permite colocarlo un tanto distante de Miguel de Unamuno y entre Antonio Machado, Federico García Lorca y André Breton, aunque también con un lenguaje muy personal.

Pero a no dudarlo, su obra más extensa la integran sus ensayos, esto es, los “decires personales”, según Unamuno, o “tener que decir algo; decirlo de modo que agite la conciencia y despierte la emoción de los hombres, en lengua tan personal y propia, que ella se bautice a sí misma”, según Mariano Picón Salas, en las cuales estudia Mariano Lebrón Saviñón inimaginables aspectos de la cultura, la historia, la pureza del idioma español, las ciencias y el pensamiento general expuesto en obras de autores de todo tipo. No deja él de incursionar en el área de la crítica literaria, entendida esta no como simples opiniones, relatos temáticos o comentarios periodísticos de textos, sino como penetración mental entre los silencios de esos textos a fin de indagar en el pensamiento del autor aquellas vivencias que no pudieron ser expresadas.

Más de 2,000 estudios atesora este maestro de generaciones nacionales, la inmensa mayoría inédita en espera de un gesto que la haga del dominio público, y es esa la razón por la cual -lo que no resulta extraño- que tanto en el país como en el extranjero, su figura sea solicitada para dictar conferencias, formar parte de jurados de pre-

miaciones diversas, como la que anualmente se otorga en España con el nombre de Premio Cervantes, y las que en la República Dominicana se conceden sobre poesía y ensayos, también cada año, y también para concedérsele prestigiosos galardones, como el que recibió en México en el año 1993, el gran Premio José Vasconcelos. En 1999 se le otorgó el Premio Nacional de Literatura, auspiciado por la Fundación Corripio y la Secretaría de Estado de Educación y Cultura. Igualmente honra al país y es su digno representante en España, por su condición durante varios años de Presidente de la Academia Dominicana de la Lengua.

Esta antología de ensayos que publica la Biblioteca Nacional es el testimonio más fehaciente de la profundidad de análisis sobre obras y temas de índole diversa que posee Mariano Lebrón Saviñón, motivo más que suficiente para que su labor intelectual sea conocida y consultada, sobre todo en el universo de nuestra lengua, lo que no sucede, no sólo con él, sino con los demás renombrados escritores intelectuales, primero por la insularidad que nos limita, y segundo por la falta de una adecuada política cultural del Estado que, además de darlas a conocer en nuestro medio, proyecte las obras de los dominicanos más allá de nuestras fronteras.



Colección Biblioteca Nacional
Pedro Henríquez Ureña



Auspiciado por:



ISBN 99934-31-19-2